

2ª estaca: El otro es nuestro hermano

Objetivo: Redescubrir, a partir de la Palabra de Dios, que el otro es mi hermano, para asumir que soy corresponsable de su desarrollo integral y mediante la reconciliación revertir la espiral de violencia y muerte.

Oración inicial

Oración por la paz en México

Señor Jesús, tú eres nuestra paz,
mira nuestra Patria dañada por la violencia
y dispersa por el miedo y la inseguridad.
Consuela el dolor de quienes sufren.
Da acierto a las decisiones de quienes nos gobiernan.
Toca el corazón de quienes olvidan
que somos hermanos y provocan sufrimiento y muerte.
Dales el don de la conversión.
Protege a las familias,
a nuestros niños, adolescentes y jóvenes,
a nuestros pueblos y comunidades.
Que como discípulos misioneros tuyos,
ciudadanos responsables,
sepamos ser promotores de justicia y de paz,
para que en ti, nuestro pueblo tenga vida digna.
Amén.

Santa María de Guadalupe, Reina de la paz,
ruega por nosotros.¹

1. Lectura del pasaje bíblico: Libro del Génesis 4,1-16

Adán se unió a Eva, su mujer; ella concibió, dio a luz a Caín y dijo: “He obtenido un varón con la ayuda del Señor”. Después dio a luz al hermano de Caín, Abel. Abel era pastor de ovejas, Caín era labrador. Pasado un tiempo, Caín presentó ofrenda al Señor, algunos frutos del campo. También Abel presentó como ofrendas las primeras y mejores crías del rebaño. El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda y se fijó menos en Caín y su ofrenda. Caín se irritó sobremanera y andaba cabizbajo. El Señor dijo a Caín: “¿Por qué estás resentido y con la cabeza baja? Si obras bien, andarás con la cabeza levantada. Pero si obras mal, el pecado acecha a la puerta de tu casa para someterte, sin embargo, tú puedes dominarlo.”

¹ Oración propuesta por la Conferencia del Episcopado Mexicano., en “Que en Cristo, nuestra paz, México tenga vida digna”. México 2010.

Caín dijo a su hermano Abel: “Vamos al campo”. Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín sobre su hermano Abel y lo mató.

El Señor dijo a Caín: “¿Dónde está Abel, tu hermano?”

Contestó: “No sé, ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?”

Pero el Señor replicó: “¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Por eso te maldice esa tierra que se ha abierto para recibir la sangre de tu hermano que mano derramó. Cuando cultives el campo, no te entregará su fertilidad. Andarás errante y vagando por el mundo”.

Caín respondió al Señor: “Mi culpa es demasiado grave para soportarla. Si hoy me expulsas de la superficie de la tierra y tengo que ocultarme de tu presencia, andaré errante y vagando por el mundo; y cualquiera que me encuentre me matará”.

Le respondió el Señor: “No es así. El que mate a Caín lo pagará multiplicado por siete”. Y el Señor marcó a Caín, para que no lo matara quien lo encontrara. Caín se alejó de la presencia del Señor y habitó en la tierra de Nod, al este de Edén.

Durante unos momentos de silencio, volvemos a leer el texto de manera individual. Cada persona puede señalar:

- Con un signo de interrogación (¿?) la palabra, frase o acontecimiento del texto que no ha comprendido.
- Con un subrayado (___) la palabra, frase o acontecimiento que considere ser el mensaje central del texto.

¿Qué quiere decir el texto?

La violencia se genera allí donde olvidamos que somos hermanos

Enlace bíblico. En el libro del Génesis la situación original del ser humano se describe como paradisiaca. Adán y Eva viven felices, en armonía con Dios, entre ellos, y con el resto de la creación, marcada por la bondad de Dios. Todo cambia con el engaño de la serpiente (un principio maligno), que con astucia siembra en el corazón del ser humano la duda sobre la bondad y el amor de Dios, colocando en boca de Dios lo que Dios nunca dijo: “¿Así que Dios les dijo que no comieran *de ninguno* de los árboles del huerto?” (Gn 3,1). Compara la pregunta de la serpiente con lo que Dios dijo en Gn 2,15-16.

El pasaje atribuye al hombre la responsabilidad del mal producido por el propio hombre, porque, aunque el origen del mal pudiera encontrarse en otro ser, nada exenta al hombre de su responsabilidad. Se les abrieron los ojos, pero no para descubrir que son como dioses, sino para darse cuenta de su desnudez y sentir miedo de Dios, es decir: la armonía original quedó perturbada.

El ser humano se pierde cuando olvida que Dios es su creador y el fundamento último de distinción entre el bien y el mal, más allá de relativismos egoístas. El mal es siempre parasitario, necesita incubarse en el pensamiento, se manifiesta en acciones egoístas, y se consolida en verdaderas “estructuras de pecado”. ¿Cómo podemos ser liberados de él?

Mediante el encuentro con un ser humano que haya restaurado en el hombre la imagen y semejanza de Dios: mediante el encuentro con Cristo, en quien se descubre el misterio del ser humano al ser humano (GS 21).

¿De dónde viene el mal? Dios no tiene la culpa del mal que el ser humano hace contra sí mismo. Tampoco es Dios el que tienta e induce al ser humano a pecar. El mal aparece en el corazón del ser humano que, haciendo mal uso de su libre albedrío, se llena de soberbia y cae, una y otra vez, en el engaño de la serpiente. Jesús lo expresó muy bien cuando dijo que el mal no está en lo que entra de fuera, sino de lo que sale del corazón del hombre, de “donde salen las malas intenciones” (Mt 5,19-20). Pero el pasaje no termina en la desesperación, el proyecto de Dios no quedará frustrado: el mal no tiene la última palabra y Dios se pone del lado del ser humano maldiciendo el mal, prometiendo que la descendencia de la mujer aplastará el mal (Gn 3,14-15).

El segundo pecado. El primer pecado del hombre, el pecado original, ha sido contra Dios (cf. Gn 3,1-19). Como consecuencia, la armonía del ser humano con su Creador, consigo mismo, con su cónyuge y con la naturaleza, ha sido alterada, ha quedado rota. El segundo pecado, relatado en Gn 4,1-16, muestra la ruptura entre los hermanos que termina en una violencia fratricida, desencadenando una ola de violencia entre los seres humanos.

El origen de la fraternidad. La narración comienza introduciendo a los personajes: Adán y Eva, de cuya unión nacen Caín y, después, su hermano Abel. Caín es el primer hombre nacido de mujer, pero por el nacimiento de Abel se convierte en hermano. La palabra hermano aparece siete veces en este pasaje expresando así la inauguración de la fraternidad.

La fraternidad distorsionada... A continuación, el pasaje menciona el oficio de cada uno de estos hermanos: Abel era pastor de ovejas, Caín era agricultor. Ambos presentan su ofrenda al Señor, Caín los frutos del campo, y Abel, siguiendo el ejemplo de su hermano, ofrece al Señor las crías de sus rebaños. Ambos reconocen a Dios como Señor de cielos y tierra, ambos le dan gracias por los beneficios recibidos con la ofrenda de sus trabajos. Dios prefirió la ofrenda de Abel, aquí está el nudo de la historia. Esta distinción plantea dos preguntas: ¿por qué Dios se fijó menos en la ofrenda de Caín?, y, ¿cómo supo Caín que Dios se fijó menos en su ofrenda? En realidad, el pasaje no explica el porqué de esta comparación, quiere dejar en manos de Dios la libertad de fijarse más en una ofrenda que en otra, sin ningún motivo en especial, pues la voluntad divina es misteriosa.

...a causa de la envidia. Ante la voluntad de Dios sólo caben dos reacciones por parte del hombre: la aceptación o el enojo. Caín reacciona con el enojo y comienza a crecer una espiral que lo separará de Dios, de su hermano y de la tierra. La reacción de Caín se va desproporcionando cada vez más: primero se enoja, luego se enfurece, termina triste. Ira y tristeza son sentimientos característicos de la envidia. Por envidia, Caín vio las cosas de manera equivocada, y malinterpretó la actitud de Dios, la percibió como rechazo a su persona.

El pecado: una fiera al acecho. Justo en este momento, Dios interviene buscando a Caín para dialogar con él, le pregunta “¿Por qué estás resentido y con la cabeza baja? Si obras bien, andarás con la cabeza levantada. Pero si obras mal, el pecado acecha a la puerta de tu casa para someterte, sin embargo, tú puedes dominarlo” (Gn 4,6-7). El pecado viene descrito aquí como una fiera que está al acecho, como la serpiente del relato anterior. Dios parece decirle a Caín que si obra bien podrá estar con la conciencia tranquila, pero si no, estará sometido por el pecado, la decisión está en él. Sin embargo, Caín no responde a las palabras de Dios, parece ignorarlas por completo.

Todo asesinato es un fratricidio. Caín acelera las cosas, invita a su hermano Abel al campo y, allí, en el campo, comportándose como una fiera, se lanza sobre su hermano Abel, y lo mata. Es el origen de todo fratricidio. Caín piensa que Dios no ha visto nada. Se equivoca. El Señor pregunta a Caín: “¿Dónde está Abel, tu hermano?” Con esta pregunta, Dios le recuerda a Caín quién era Abel: no un adversario, sino su hermano. Caín, sin arrepentimiento alguno, responde con arrogancia, ironía, y cinismo: “No sé, ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?”. Con la mentira, Caín trata de ocultar el delito; no quiere pensar en su hermano, y rechaza asumir cualquier responsabilidad por él.

El clamor de la sangre. Dios asume entonces la defensa de la víctima, le dice a Caín: “¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”. A pesar de que Caín ha querido ocultar su crimen, Dios lo ha visto a todo, o, más bien, ha escuchado todo, porque la sangre, en donde bíblicamente reside la vida, *ha clamado* a Dios desde la tierra. Dios no se hace de la vista gorda ante el crimen cometido, él sí toma responsabilidad por la sangre derramada del inocente, el fratricidio no quedará impune. Sin embargo, Dios no paga con la misma moneda, no aniquila a Caín. Después de haberle hecho ver su crimen, lo castiga de un modo duro, pero de modo muy inferior a un simple “devolver mal por mal”. En lugar de la pena de muerte, el fratricidio es castigado con una nueva ruptura con la tierra: Caín es desterrado y el campo se vuelve estéril.

¡No matarás! Es un mandamiento que está inscrito en la conciencia humana, es una ley natural que emana del ser mismo del ser humano. Aún así, Dios ha querido hacer explícito este mandamiento en el Decálogo. Jesús, lleva este mandamiento hasta sus últimas consecuencias cuando dijo: “Ustedes han oído que se dijo a los antepasados: *No matarás*; el homicida responderá ante el tribunal: Pues yo les digo que todo el que se enoje contra su hermano responderá ante el tribunal. Quien llame a su hermano imbécil responderá ante el Consejo. Quien lo llame estúpido incurrirá en la pena del infierno de fuego” (Mt 5,21-22).

Conclusiones. El comentario podría extenderse mucho más, son muchos los detalles que por razones de tiempo no es posible explicar aquí. Seguramente pueden surgir muchas preguntas, pero a manera de conclusión tengamos claro lo siguiente: 1. *la violencia crece cuando olvidamos que somos responsables de nuestros hermanos*; 2. la sangre derramada de tantos inocentes clama al cielo y Dios no es indiferente a ello; 3. Caín es, en realidad, el que ha muerto, porque matando a su hermano ha arruinado su vida; 4. la violencia fratricida arruina también nuestra relación con la tierra.

2. Meditación. ¿Qué dice de mí y qué dice de nosotros el texto?

Durante unos momentos de silencio, volvemos a leer personalmente el texto. Cada persona puede señalar:

- Con un signo de exclamación (!) la palabra, frase o acontecimiento del texto que le ha interpelado, y que quiere seguir «rumiando» en la reflexión-actualización.

- ¿Qué nos dice a nosotros, aquí y ahora, el pasaje de Caín y Abel?
- Dios nos pregunta: “¿En dónde está tu hermano?” ¿Qué razón le daremos de nuestros hermanos ninguneados, oprimidos, secuestrados, desaparecidos, asesinados, maltratados, recluidos, marginados?, ¿será posible que le respondamos como Caín, diciendo “acaso soy yo el guardián de mi hermano?”
- ¿En dónde está el origen de tanto maltrato y de tanto asesinato?
- ¿Quiénes son los demás para mí?, ¿quiénes son para mí los menesterosos, los toxicómanos, los migrantes, los indigentes, los presos, los niños abortados?, ¿son sólo estadística?, ¿son un lastre social del que quisiera mejor no pensar?
- ¿Qué es la envidia?, ¿la he sentido?, ¿cómo reacciono ante ella?
- ¿Qué es el odio?, ¿hasta dónde puede llegar el odio?
- ¿Soy capaz de mirar en el otro a un hermano y entender a la humanidad entera como una gran familia?, ¿dónde están nuestros hermanos?, ¿somos responsables de ellos?
- ¿Qué tipos de violencia estamos sufriendo en nuestra sociedad?, ¿cuáles son las causas?
- ¿En dónde está el origen de la violencia que venimos sufriendo desde hace tantos años?
- ¿Qué podría producir en nuestros niños y adolescentes crecer en un ambiente en donde la violencia se ha normalizado?

Vienen al caso extractos de dos homilías pronunciadas por San Óscar Arnulfo Romero, que fue arzobispo de San Salvador entre 1977 y el 24 de marzo de 1980, día en que murió mártir a causa de la fe, pues en razón de ella hablaba de reconciliación, amaba a los pobres y pedía justicia social. Debido a la fe, Romero invitaba a la conversión y señalaba el “pecado” de sus contemporáneos:

El quinto mandamiento, breve pero tremendo: “No matarás” Aquí se proclama la sacralidad de la vida. Acuérdate que todo está bajo el epígrafe: “Yo soy el Señor tu Dios, yo que he dado vida, salud a tu hermano, ¿tú se la vas a quitar?” ¡Cuánta sangre está borrando entre nosotros la felicidad y la santidad de este mandato! Se manda a matar, se paga por matar, se gana por matar. Se mata por quitar de enfrente al enemigo político que estorba, se mata por odio [...] Ojalá me estuvieran escuchando hombres que tienen sus manos manchadas de homicidio. ¡Son muchos, por desgracia! Porque también es homicida el que tortura. El que comienza a torturar no sabe a dónde va a terminar. Hemos visto víctimas de torturas, llevados con mil subterfugios mentirosos, a morir en un hospital. Son asesinos también, son

homicidas, no respetan lo sagrado de la vida. Nadie puede poner la mano sobre otro hombre porque el hombre es imagen de Dios. ¡No matarás! Yo quisiera llevar también esta palabra breve a ese mar inmenso de ignominia.

Homilía del 18 de marzo de 1979

A la pregunta, ¿por qué hay asesinatos?, Romero contestaba:

Dios ha sembrado bondad. Ningún niño ha nacido malo. Todos hemos sido llamados a la santidad. Valores que Dios ha sembrado en el corazón del hombre y que los actuales, los contemporáneos ¡tanto estiman!, no son piedras raras [...] ¿Por qué entonces hay tanta maldad? [...] Todos hemos nacido para la bondad. Nadie nació con inclinaciones a hacer secuestros; nadie nació con inclinaciones a ser un criminal; nadie nació para ser un torturador; nadie nació para ser un asesino; todos nacimos para ser buenos, para amarnos, para comprendernos. ¿Por qué entonces, Señor, han brotado en tus campos tantas cizañas? El enemigo lo ha hecho, dice Cristo. El hombre dejó que creciera en su corazón la maleza, las malas compañías, las malas inclinaciones, los vicios [...] Pero todos somos llamados a la bondad.

Homilía del 23 de julio de 1978²

3. Oración. ¿Qué le decimos a Dios a partir de la palabra que nos ha dirigido?

En clima de oración, volvemos a leer este pasaje. Dejemos que la Palabra de Dios nos interpele, que cale en lo hondo para responder a Dios desde el corazón.

Durante unos momentos de silencio, volvemos a leer personalmente el texto. Cada persona puede señalar:

- Con un asterisco (*) la palabra, frase o acontecimiento del texto sobre el que va a centrar la oración.

Algunas ayudas para orar:

- Señor Jesús, príncipe de la paz, perdónanos por ser tan violentos: por maltratarnos y herirnos con palabras, por golpearnos y agredirnos, por matarnos odiándonos unos a otros.
- Señor Jesús, manso y humilde de corazón, perdónanos por difundir la cultura de la violencia y de la muerte con la música violenta, con las películas de terror, con el culto a la muerte.
- Señor Jesús, hermano universal, perdónanos por desentendernos de nuestros hermanos prefiriendo la injusta comodidad de la indiferencia.

² Ambos extractos han sido tomados de: Roberto Morozzo, *Monseñor Romero*. Vida, pasión y muerte en El Salvador (Ed. Sígueme, Salamanca 2010), pp. 188-189.

Después de un momento de silencio orante, expresamos en voz alta nuestra oración de petición, agradecimiento o perdón, según lo que el pasaje nos haya sugerido.

4. Compromiso. ¿Qué nos empuja a hacer la Palabra de Dios escuchada a partir del texto?

No podemos permanecer indiferentes al sufrimiento de tantos hermanos nuestros, hacerlo sería ya colaborar con el incremento de la violencia.

Durante unos momentos de silencio, releemos el texto bíblico. Con la luz que nos ha ofrecido su mensaje, la reflexión compartida y la oración.

Coloco una palabra o frase al margen del texto. Así formulo el compromiso que quiero adquirir.

Terminamos nuestro encuentro compartiendo con el grupo el compromiso adquirido personalmente.

Junto con el compromiso personal, hacemos nuestro el siguiente compromiso comunitario:

- Acordar un día y una hora de la semana para ir al encuentro de nuestros hermanos sufrientes, especialmente de quienes han sufrido la muerte o desaparición de un ser querido: visitarlos, llevarles consuelo y compañía, escribir los nombres de sus familiares desaparecidos o asesinados, pedir una foto, elaborar un mural de los desaparecidos y otro de los asesinados, colocarlo en un lugar visible de la capilla más cercana o del templo parroquial. Ofrecer por ellos y sus familias la Misa del próximo Domingo, nombrándolos en las intenciones.
- Pedir perdón a los hermanos (familiares, vecinos, compañeros de trabajo, amigos, etc.) con quienes me haya enojado, a quienes haya insultado, a quienes haya matado en mi pensamiento a causa del odio.
- Llegar al siguiente encuentro reconciliado con mi hermano, para que la ofrenda de mi vida sea agradable al Señor (cf. Mt 5,24).
- Dialogar con mi familia sobre el tema que hemos meditado hoy a partir de la Palabra de Dios. Preguntarnos porqué nos hemos convertido en una sociedad violenta. Buscar filtraciones de violencia en nuestra familia, ¿por dónde se nos está normalizando la violencia?, ¿qué debemos hacer con las emisiones de violencia?
- Rezar en familia la oración por la paz que está al inicio de este tema.
- Detectar las fuentes emisoras de violencia en mi vida: música, series, videojuegos y películas que normalizan la violencia en mi familia. Asumir nuestra misión de padres: eliminar la violencia de nuestros hogares.

Oración final

El **Salmo 140** nos invita a hacer de nuestra vida una ofrenda agradable a Dios, por el compromiso de no obrar el mal, ni de palabra ni de obra.

Señor, te estoy llamando, ven de prisa,
escucha mi voz cuando te llamo.
Suba mi oración como incienso en tu presencia,
el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde.

Coloca, Señor, una guardia en mi boca,
un centinela a la puerta de mis labios;
no dejes inclinarse mi corazón a la maldad,
a cometer crímenes y delitos;
ni que con los hombres malvados
participe en banquetes.

Sus jefes cayeron despeñados,
aunque escucharon mis palabras amables;
como una piedra de molino, rota por tierra,
están esparcidos nuestros huesos a la boca de la tumba.

Señor, mis ojos están vueltos a ti,
en ti me refugio, no me dejes indefenso;
guárdame del lazo que me han tendido,
de la trampa de los malhechores.